

última ciudad, con el fin de mantener todo el país. Se tomaron posiciones militares en el Cairo viejo y en Boulaq, y un cuerpo de observacion marchó sobre el Khaukal para observar á Ibrahim; este cuerpo luego formó la vanguardia del ejército, que se puso en movimiento para echar á aquel Bey de Egypto. Bonaparte mandaba la expedición; topó delante de Belbeis con los restos de la caravana de la Meka, destruida en parte por Ibrahim, libertó á los mercaderes, de los Arabes que formaban su escolta y que los saqueaban, y los hizo acompañar hasta el Cairo por una partida de Franceses. Ibrahim huia hácia Salahieh; salia de aquella ciudad al momento de nuestra llegada. Se veian á una corta distancia sus bagages y sus mugeres desfilando. Unos mil Mamelucos componian su retaguardia; algunos destacamentos de caballería francesa llevados de su ardor, y acaso tambien con la esperanza de un rico pillage, se abalanzan con ímpetu á los Mamelucos, y se abren el paso en medio de sus filas; pero se hallan envueltos. Los Franceses acuden á socorrerlos y en un momento la carga se hizo general; los guias del general en gefe y sus edecanes siguen

el movimiento. Bonaparte quedaba casi solo; en fin, el 3º de dragones llega y con un escopetéo bien dirigido obliga á los Mamelucos á retirarse; pero se batieron con un valor desesperado. El gefe de escuadron d'Estrée, y el edecan Solkowski recibieron el uno catorce sablazos y el otro siete, y ademas varios fusilazos. Lasalle gefe de brigada, el general Murat, Duroc edecan de Bonaparte, Arrighy su pariente y el ayudante general Le Turc se distinguieron con prodigios de audacia y de valor. Ibrahim tuvo que retirarse al desierto. Bonaparte, libre ya de aquel temible contrario, se ocupó en tomar medidas para impedirle la vuelta á Egypto, y dirigió el ejército por la parte de Siria, por si acaso algun enemigo se presentaba por aquel lado. Dió las órdenes necesarias á los ingenieros para la construccion de una fortaleza, y dejando la division del general Reynier en Salalieh, volvió al Cairo.

Se ha visto, mas arriba, que el almirante Bruyeis podia tomar tres partidos para atender á las vivas solicitudes del general en gefe, con respecto á la salvacion de la escuadra. Eligió el segundo de estos partidos, es á decir, que se resolvió á embozarse en la rada de

para alumbrarse, en un combate tan reñido, otras luces que el fuego de mil y doscientos cañones que disparaban incesantemente, y cuya conmocion agitaba el mar como en una tempestad.

Desde el principio de la accion, Bruyeis habia sido herido. Sobre las ocho cayó abatido por un cañonazo. Gantheaume, su amigo, quiso hacerle retirar: «No, le dijo apretándole » la mano, un almirante frances debe morir » en su puesto.» Al cabo de un cuarto de hora dió el último aliento. Al mismo momento, el capitán de pavellon Casabianca y el capitán de fragata estaban gravemente heridos. A pesar de tantas desgracias, *el Oriente* seguia peleando con la misma audacia y la misma intrepidez. Varios navíos enemigos acribillados por sus balas tuvieron que huir. El *Bellerofonte*, que vino despues, perdió la mitad de su tripulacion y tuvo sus tres palos abatidos, de manera, que no pudiendo ya maniobrar, la corriente le llevó sobre nuestra retaguardia, cuyo fuego tuvo que aguantar. Iba á dar á pique; los gritos de los Ingleses daban á conocer que se entregaban. Si en aquel momento Villeneuve aprovecha la ocasion, se apodera del *Bellerofonte*

*fonte* sin disparar un tiro, liberta al *Oriente* y á los demas navíos y muda una desgracia próxima en una victoria brillante; pero Villeneuve se quedó inmóvil sin que, entonces ni despues, se haya podido explicar su conducta. *El Esparciata, el Pueblo Soberano, y el Aquilon*, abandonados á sí mismos como *el Oriente*, combatieron con la misma heroicidad é hicieron un daño inmenso á los Ingleses, cuyos navíos por la mayor parte habian cesado el fuego. Pero á las nueve, un incendio se declara á bordo del *Oriente*, sin que ningun esfuerzo pueda apagarlo, y sin que cese de disparar á pesar de las órdenes de Gantheaume; la tripulacion se tiró al mar; una parte se ahogó, y media hora despues, *el Oriente*, abrasado por todas partes, saltó con un estruendo que dejó estupefactas á las dos escuadras. A pesar de tan espantoso desastre, los Franceses volvieron á empezar el fuego, que fue terrible todavia entre las cinco y las seis de la mañana. Duraba aun á las doce y se acabó solamente á las dos, despues de la toma ó de la ruina de casi todos nuestros navíos. Si se ha de dar fe á nuestros contrarios, Villeneuve podia decidir el suceso á nuestro favor, aun despues de la pérdida del

*Oriente*; lo podía á las doce de la noche con entrar en línea; en vez de hacerlo, se marchó antes de que se acabase la acción, con el *Guillermo-Tell*, el *Generoso*, y las fragatas *la Diana* y *la Justicia*, sin ser perseguido por el enemigo, que no se hallaba en estado de inquietarle; los otros tres navíos de Villeneuve dieron á la costa y fueron cogidos por los Ingleses.

Experimentamos en Aboukir todos los rigores de la fortuna; pero, aunque en cada navío frances faltase la mitad de la tripulación, nuestros marineros ennoblecieron su desgracia con unos prodigios de valor que les merecía la victoria. Hubo sacrificios sublimes; el joven Casabianca, niño de nueve á diez años, que habia manifestado una constancia superior á su tierna edad, fue sepultado en las olas al lado de su padre á quien no quiso abandonar. Thevenard, comandante del *Aquilon*, cruelmente herido por las balas, no cesó de animar á los suyos hasta la muerte. Blanchet Duchayla, herido en la cara por un golpe de metralla, sabe que no le queda sino tres cañones capaces de servir y exclama: «Disparad siempre; nuestro último tiro puede ser funesto

» al enemigo.» Dupetit-Thouars perdió los dos muslos de un cañonazo; quiso morir en su puesto como Bruyeis; otra bala le quitó un brazo; y en este estado decia: «Tripulación del Tonante, no hay que rendirse;» y mandaba que se le tirase al mar si los Ingleses se apoderaban de su navío.

La jornada de Aboukir y la de Trafalgar señalan á dos de las mayores fatalidades de la vida de Bonaparte; la una le cerró el camino del Asia, y la otra acaso le quitó el imperio, que hubiera conquistado en el canal de la Mancha, si este mismo almirante Villeneuve hubiese ejecutado sus órdenes y evitado el combate, que hubiera debido buscar delante de Aboukir.

El mismo Kleber, el heróico Kleber, quedó atónito con la pérdida de nuestra escuadra; Bonaparte recibió la noticia con una firmeza á toda prueba; ninguna alteración se pudo notar sobre su cara. No dejó conocer la profunda sensación que debió causarle un acontecimiento, cuyas grandes consecuencias se le ofrecieron desde luego. Disipar la confusión y la consternación que reinaban en Alejandria á pesar de la presencia de Kleber; pe-

dir y lograr saber la verdad entera sobre nuestra desgracia; socorrer á los vivientes en su dolor; honrar á los muertos ilustres en la tumba; consolar á sus familias con palabras adecuadas al dolor de una alma grande que echa una mirada melancólica sobre el penoso y corto tránsito que se llama la vida; restablecer el órden en todas partes; reunir y organizar los restos de nuestra marina; vigilar sobre la escuadra de Villeneuve, refugiada en Malta; volver á dar confianza al ejército haciéndole ilusion con las esperanzas de la gloria; hé aquí un ligero bosquejo de los cuidados del héroe en unas circunstancias tan graves en que fue una verdadera providencia para los Franceses, abandonados desde aquel momento sobre la tierra de los Faraones.

Bonaparte, prisionero en su propia conquista, hecha una patria para él y para sus tropas, hubiera sido únicamente el hombre de la fortuna si hubiera desesperado de su porvenir; pero iba á reinar; el general del ejército frances era tambien el Sultan de Egipto. Debía consagrar todo su ingenio á sus soldados y á sus vasallos. El destino le hizo hacer el ensayo del cetro sobre las orillas del Nilo; y

su carácter superior tomaba desde entonces un corto viso oriental, que se notó siempre en adelante, en sus designios y en su voluntad. Parece que la naturaleza le habia creado para el trono del Asia; tenia para mantenerse allí todo lo que despues le precipitó del que levantó en Europa. Esta soberanía, forzada y pasagera en Egipto, desenvolvió en él todos los gérmenes de poder absoluto que el suelo de la Francia se negaba aun á fomentar. En el Occidente, Bonaparte podia titubear entre César, Cipion, Carlo Magno y Cárlos V°; pero el Oriente solo le recordaba á Alejandro, Sesostris, y acaso á Mahoma. Sin embargo seguia á su siglo en su marcha y queria manifestar al mundo la persona de un Califa ilustrado, renovando en Egipto el reinado de los Abasidas en España. A la cabeza de un ejército invencible, rodeado de un estado mayor de filósofos, iba á proteger con la misma mano á las artes de la Europa y á la religion musulmana, dando así al universo el espectáculo nuevo de un conquistador que venera al culto implacable de los vencidos, y les recuerda su grandeza pasada con el respeto que profesa para con los monumentos de su pais.

« Ya no tenemos escuadra, dijo al recibir la » funesta noticia; y bien, es preciso quedarnos » aquí ó salir de este pais grandes como los » antiguos. » Los soldados admitieron los destinos contenidos en esta despedida estóica, pero los habitantes estaban muy agenos de la misma resignacion.

Luego se empezó á notar una fermentacion sorda en el Cairo. Se acercaba la época en que la naturaleza, con las avenidas anuales del Nilo, dispensa la fertilidad al suelo egipcio, y se preparaba la gran ceremonia que se celebra con este motivo, hace tantos siglos. Bonaparte cogió con destreza la ocasion de manifestar su respeto para una costumbre á la vez política y religiosa. Presidió la fiesta, puesto debajo del mismo pabellon, con el Bajá del Cairo que le abandonó todo el honor de la jornada. A una señal que dió, la estatua de la esposa del Nilo fue precipitada en el rio; se rompieron los diques y los nombres de Bonaparte y de Mahoma se confundieron en los aires; el general frances tiró monedas de oro á la muchedumbre, mandó distribuir treinta y ocho cafatanes á los principales oficiales, y vistió la pelliza blanca al Nakil Redgah, y la pelliza

negra al Molhah alcaide del Mekias, monumento que encierra el Nilómetro. Todo el pueblo alababa al Profeta y á nuestro ejército, y maldecia la tiranía de los Beyes diciendo, lleno de gozo, á Bonaparte: « Sí, habeis venido á libertarnos por orden de Dios misericordioso, pues teneis la victoria de vuestra parte, y el mas hermoso Nilo que se haya visto de un siglo acá; dos beneficios que Dios solo puede conceder. » Esta brillante solemnidad tuvo lugar quince dias despues del desastre de Aboukir. La fortuna ofreció al nuevo Sultan otra circunstancia favorable para afianzar su poder sobre el respeto de las tradiciones á la fé de sus súbditos. La fiesta del aniversario de Mahoma se celebra en varias provincias y en el Cairo con la mayor magnificencia. Las procesiones de los fieles, los coros de danza y de instrumentos, las evoluciones militares dirigidas por el mismo Bonaparte, una iluminacion general, los fuegos artificiales y unos banquetes suntuosos, animaron á toda la ciudad durante cuatro dias. Bonaparte se dejó ver al público y dió la pelliza de honor al Cheick El Becry, reconocido como primer descendiente de Mahoma, y nombrado en la

Aboukir. Esta resolución era peligrosa sin duda, pero no conviene juzgar, despues de lo que aconteció, que el Almirante no tenia fundamento en esperar que, en esta posición, podia resistir á los Ingleses. Sin embargo, Bonaparte, hallándose sin noticias de la escuadra desde trece dias, por haberse interceptado la correspondencia, y creyendo, segun unos informes recientes recibidos de Alejandria, que el ensayo de las sondas habia sido favorable, despachó, el 30 de julio, á su edecan Julien, con el encargo de mandar al Almirante, de quien por fin se acababan de recibir cartas, entrase en el puerto de Alejandria, ó saliese inmediatamente para Corfú. El oficial topó en el camino con una partida de Arabes, y fue degollado con su escolta de quince hombres. Con todo, aunque no hubiese perdido un minuto, le hubiera sido imposible llegar á tiempo para evitar la catástrofe de Aboukir.

El 1º de agosto, sobre las tres de la tarde, se atisbó á la escuadra inglesa de catorce navíos de línea y dos bergantines. El contra-almirante, Blanchet Duchayla, mandaba nuestra ala izquierda, donde se hallaban el *Guerrero*, el *Conquistador*, el *Esparciata*, el *Aquilon*,

el *Pueblo Soberano*, y el *Franklin*. El *Oriente*, de á 120 cañones, en que iba el almirante Bruyeis, estaba en el centro; y despues venia el *Tonante*, y en fin, á la ala derecha, el contra-almirante Villeneuve tenia bajo sus órdenes al *Feliz*, al *Mercurio*, al *Guillermo-Tell*, al *Generoso* y al *Timoleon*. A las seis la acción empezó con un violento cañoneo; luego una parte de la escuadra enemiga, dando la vuelta á la cabeza de la línea francesa, logró cortarla, y echar el ancla entre la tierra y nosotros, mientras Nelson iba recorriendo nuestro frente con el resto de sus fuerzas. Dos navíos ingleses escollan al tiempo de ejecutar esta manobra atrevida; pero nuestro centro y nuestra vanguardia se hallaban puestos entre dos fuegos. De ambas partes se peleaba con la mayor obstinacion. Al cabo de una hora, el *Guerrero* y el *Conquistador* habian perdido la mitad de su gente, su artillería estaba desmontada, sus jarcias despedazadas, y sucumbieron uno tras otro. La fragata la *Seria*, atacada por el *Goliath*, opusó la mas vigorosa resistencia; estuvo casi despedazada y á pique de sumergirse, pero se defendió de tal modo que logró capitular. Llegó la noche y los dos partidos no tenian